

Los lugares de los Convites (Recuerdo)

Ante la voluntad de recuperar en el oasis de Pica la sobrevivencia de los convites, ¿qué se recuerda?

Tomemos el hilo de una iluminada jornada en febrero, diez años atrás: a medio día, de camino a la chacra llevado adelante por un grupo de familiares y amigos. Observemos en esa memoria. La chacra: la entrada a ese espacio de plantaciones hasta quedar sumergidos dentro de las cañas.

¿A qué nos referimos con ese destello del recuerdo? En la memoria yacen los sentidos del suelo tenuemente húmedo, el cielo que se ha ido cerrando, del oído es el crujir que arrastra el paso, y el olfato es arrumado. De pronto el suelo emblandecido, y elevado el conjunto sobre el tranco lento sobrepasa de alturas a los caminantes: que inscribe, que centra, que cantan, y que finalmente reúne el apogeo; una y otra vez en el lugar que predestinó el acto de reunir.

A un lado del rodeo el acto de entrar, transformándose la superficie, el cielo, los sonidos y cuánto se huele. Del otro lado del rodeo, la consumación del rito sutil entre la foresta.

¿Cuál es ese otro acto, de la consumación?

Recordemos Pica:

Esas cálidas horas de medio día con los víveres, preparados y acondicionados para asar y comer juntos. Por ellos y por nosotros dejamos el poblado para redoblar las huellas de otros medios días tanto de otras generaciones. Rozando las hierbas, entre los maizales, cruzando las cañas, el umbral nos deja del otro lado. Es como es, sensitivo, corporal y melódico: en Tarapacá, ese enorme desierto forma los lugares habitables cuando un acuífero arranca de las quebradas, y un poco más allá.

Bajo el follaje de un mango nos hacemos recibir, como quien supiera que en una vastedad de arenas y tierras secas, hacia la tomita del agua se ofrece atravesar; y una vez ahí dentro despliega la ronda; ser, desde las plantaciones a la merienda, un centro, donde afuera no ha habido cómo retenerlo.

Entonces, el espacio es fiesta.

La fruta fresca.

Los instrumentos.

Una vez puestos en escena, en el acto de retirar postre desde las ramas se incrementa la reunión, y en la música tañida permanecemos en el tiempo excepcional.

La noche ha arribado. Otrora peruana, por las mismas calles en busca de la casa; alta, de una planta, ventanas verticales que dejan salir la luz que la noche disuelve. La fachada fue dibujada por tinglados. Quizás azules. Tal vez marrones. Por la puerta un zaguán, arranca oscuro hasta el fondo de la casa más leve. Del lado izquierdo la siguiente puerta, de la sala iluminada, las sillas, y los convidados, que vestidos con esmero siéntanse. En la silueta que los junta en anillo, en las paredes que duplican la fachada se han dispuesto, guiados por las sillas en réplica de las cuatro orillas; en tanto desde los fondos surgidos de otra habitación, de puesto en puesto una y otra vez repite el giro la bandeja de panes, ponche y chacolí. Y desproporcionadamente amplio, el vacío espacio central. Recorrieron la vista a través de tales tablones encerados, hasta el contacto con la otra, con el otro, de una a una, como en turnos alzadas las parejas, compuesto allí el encuentro solo para bailar, cuando los músicos amigos arrancaron la entonación de la zamacueca, del cachimbo y contradanzas.

(Esa noche celebramos mi cumpleaños cuarenta y uno).

Gerardo Saelzer

Porto Alegre, julio 2015

Ref:

Apuntes de estudio de las formas de la música en el espacio arquitectónico. Feb. 2004.

Memoria de la Travesía de Los Nombres, Escuela de Arquitectura y Diseño, PUCV, 1988.